

Domingo XXII (C). HUMILLARSE PARA SER ENSALZADO, Y SERVIR A LOS DEMÁS SIN ESPERAR NADA A CAMBIO

- I. Felipe Fernández Caballero*
- II. Guía para lectura y predicación del CEC (SEC)**
 - I. Sagrada Congregación para el Clero**
 - II. Radio Vaticano**

I. TEMA CENTRAL

El Señor revela sus secretos a quienes se hacen pequeños en las grandezas humanas, y comparten su mesa con los marginados sin esperar nada a cambio. Recibirán su paga cuando resuciten los justos

LECTURAS

1. Hazte pequeño y alcanzarás el favor de Dios

Eclesiástico 3,17-18.20.28-29.

La antigua sabiduría del pueblo de Israel recomendaba con frecuencia la práctica de la humildad.

Jesús, hijo de Sirá, hacia el año 180 a.C., enseña la sabiduría a los jóvenes de Jerusalén. Sus consejos y máximas indican cómo conseguir la vida, cómo agradar a Dios y a los otros. La modestia y la humildad forman parte del ideal del sabio: son una imitación de Dios, padre de huérfanos, protector de viudas, que prepara casa a los desvalidos, libera a los cautivos y los enriquece (Ps.67):

- vv. 17-20: humildad y dulzura son apreciadas por Dios y por los hombres;
- vv. 28-29: el orgullo es una locura: impide escuchar a Dios y a los otros, y así convertirse.

Siguiendo a los profetas y los sabios de Israel, Jesús declara «dichosos los pobres» porque su indigencia les abre a la espera y a la acogida del reino de Dios. La humildad no es una artimaña para tener éxito, sino una apertura a los otros y a Dios, un verdadero amor que respeta y se pone al servicio, sin querer dominar. Aquí escuchamos el eco del Magnificat: «Porque ha mirado la humillación de su esclava... Enaltece a los humildes».

2. Os habéis acercado al mediador de la nueva alianza, Jesús.

Hb. 12, 18-19.22-24

En la asamblea litúrgica cristiana no se dan los prodigios del Sinaí, pero se está en comunicación real con Dios, en la presencia real de Jesucristo en la Iglesia celeste

El texto nos presenta una comparación entre la constitución del antiguo pueblo de Dios y la del nuevo pueblo de los bautizados. En el Sinaí hubo señales

que llenaron de temor a los israelitas, hasta el punto de que pidieron no seguir oyendo la voz de Dios que los amedrentaba.

Aquí, se hace referencia a un encuentro totalmente diferente. Los bautizados se han acercado "al monte Sión, ciudad del Dios vivo, Jerusalén del cielo.... a la congregación de los primogénitos inscritos en el cielo". Sin aquellas manifestaciones externas y temibles de la Divinidad, los creyentes se han encaminado hacia el Señor y a su Iglesia. Todos participan íntimamente en la vida de Jesucristo, primogénito de todas las criaturas. Se han dirigido a Dios mismo, juez de todos los hombres; y aunque él juzga y sondea los corazones, no se han aterrorizado al acercarse a él. Han entrado, asimismo, en contacto con los difuntos que han llegado a su destino y son justos ante Dios. Pero ante todo se han acercado a Jesús, mediador de una nueva alianza. Por él se han atrevido a franquear esa distancia que separa a la condición humana del Señor de la gloria. Transformados por el bautismo pueden vivir en íntima unión con la Trinidad. Tal es la situación del cristiano en el nuevo pueblo de Dios.

3. Todo el que se humilla será enaltecido.

Lucas 14, 1.7-14:

Jesús invita a sus discípulos a la actitud de la humildad y a hacer el bien desinteresadamente

Jesús, sentado a la mesa de un fariseo, enseña desinterés en la elección de los invitados y humildad en la elección de los puestos.

El que invita no lo ha de hacer para que le devuelvan la invitación, por eso no llama a sus parientes o amigos, sino a pobres, cojos y ciegos. El consejo de Jesús adquiere con la sentencia final un claro sentido escatológico : "Te pagarán cuando resuciten los justos". Los discípulos, a imagen de su maestro, tienen que dar signos del reino acogiendo a los pobres, los marginados, los excluidos..

Es él también el que dará la recompensa en la resurrección: «Presta al Señor quien compadece a un pobre», decían ya los sabios de Israel (Prov 19,17). El amor gratuito de Dios -la gracia- es característico de la Buena Nueva de Jesús.

La celebración de este domingo se centra, sobre todo, en esta otra afirmación: "El que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido".

Más allá de la moral y de la sabiduría, Jesús revela el amor de Dios: es él quien abaja a los ricos orgullosos y levanta a los pobres y a los pequeños (6,20.24).

HOMILÍA

La comida de fiesta de los fariseos doctores de la ley está acompañada de un discurso de Jesús. Partiendo de lo que observa, explica que el Reino de Dios pertenece a los que se hacen pequeños y entregan su vida al servicio de los demás

1. Jesús ve cómo los invitados se precipitan a los primeros puestos. Con la misma seguridad con que los fariseos ocupaban los primeros puestos en la mesa y en las sinagogas y gustaban ser saludados en las plazas, estaban seguros, por creerse justos, de ser también los primeros en el reino de Dios.

Comienza el Señor recordándoles una regla de urbanidad. En ella late un viejo aforismo bíblico: «No te alabes en presencia del rey y no te sientes en la silla de los grandes. Pues mejor es que te digan 'sube acá', que tener que ceder tu puesto a otro más grande» (Prov 25,6s).

La regla dada por Jesús no es de pura prudencia mundana ni es una exhortación moral, sino una parábola que expresa una verdad evangélica: quien quiera entrar en el Reino de Dios ha de ser humilde, ha de hacerse pequeño, no debe formular falsas pretensiones teniéndose por justo. La sentencia final dá la clave de la parábola: Dios humillará al que se ensalce. Al que se tiene por justo y quiere hacer valer sus derechos ante Dios, Dios mismo lo excluye de su reino. Y al pequeño, que no se tiene por digno de los dones de Dios, le hace entrar en su reino. Ser pequeño es la primera condición para ser admitido en el reino de Dios: “Si no os hacéis como niños...”

Durante la última cena «surgió entre los discípulos una discusión sobre cuál de ellos debía ser tenido por mayor». Jesús les dijo: «El mayor entre vosotros pórtese como el menor; y el que manda, como quien sirve». Y él mismo se convirtió en servidor: «¿Quién es mayor: el que está a la mesa o el que sirve? ¿Acaso no lo es el que está a la mesa? Sin embargo, yo estoy entre vosotros como quien sirve». La celebración de la eucaristía se efectúa en el marco de la renuncia a pretensiones de superioridad y de la actitud de servicio a los demás. El arco que reúne a las tres comidas – la referida en el evangelio de hoy, la del banquete eucarístico y la del Reino de Dios– es la actitud de entrega y de servicio a imitación de Cristo que se despojó de su rango, se hizo servidor y entregó su vida en rescate por muchos.

2. También el anfitrión, *el que había invitado a la comida*, es objeto de la enseñanza de Jesús, una enseñanza que quiere obligatoria para todos.

Jesús no habla ahora de esta comida presente, sino de una *comida* o de una *cena*. A esa comida de la que él está hablando están invitados sólo los amigos, hermanos, parientes y vecinos ricos. ¿Por qué? Con amigos se está a gusto; los hermanos y los parientes pertenecen a la familia, y con su invitación «todo queda en casa». De los vecinos ricos se espera abundante compensación. La invitación está, por tanto regida por el amor al propio yo. Jesús dirá en otro lugar: «Si amáis a los que os aman, ¿qué gracia tenéis? También los pecadores hacen lo mismo. Y si hacéis bien a los que bien os hacen, ¿qué gracia tenéis? También los pecadores hacen lo mismo». El distintivo del amor de los discípulos es: haced el bien, servid a los demás sin esperar nada a cambio (6,35). Su amor no debe ser sólo un amor que espera ser correspondido. Jesús no se contenta con un comportamiento basado en conveniencias o en esperanzas de compensación. Hay que invitar a los más pobres entre los pobres: los *tullidos*, los *cojos*, los *ciegos*. De ellos no hay nada que esperar; no pueden invitar por su parte, no acarrear acrecentamiento del prestigio

social, del honor o de la influencia. Tampoco es un placer comer con ellos, nadie los ve a gusto.

Quién está penetrado de tal desinterés y generosidad, tendrá participación en el reino de Dios. El que en sus obras sólo busca a Dios, recibirá de él gracia, agradecimiento y recompensa. «Tened cuidado de no hacer vuestras buenas obras delante de la gente para que os vean; de lo contrario, no tendréis recompensa ante vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 6,1). Las reglas del convite terreno se convierten en reglas del banquete celestial del reino de Dios.

La Iglesia primitiva puso empeño en que la regla de la invitación propuesta por Jesús se viviera también en el banquete de la Eucaristía. En la carta de Santiago se lee: «Suponed que en vuestra asamblea entra un hombre con anillo de oro y con vestido elegante, y que entra también un pobre con vestido sucio. Si atendéis al que lleva el vestido elegante y le decís: Tú siéntate aquí en lugar preferente; y al pobre le decís : Tú quédate allí de pie, o siéntate bajo mi escabel, ¿no juzgáis con parcialidad en vuestro interior y os hacéis jueces de pensamientos inicuos?» (Sant 2,2-4).

Como la parábola de hoy, también este imperativo de Jesús termina con una mirada sobre los acontecimientos del final de los tiempos. En aquella se prometía la exaltación, aquí la *resurrección de los justos*. Allí el camino pasaba por la renuncia a toda pretensión de grandeza o de poder, aquí por el servicio a los humildes con amor desinteresado. Ser humildes y servir a los humildes sin esperar nada a cambio, esto caracteriza y define al verdadero discípulo de Jesús.

II. Guía para lectura y predicación del CEC (SEC)

LA FE DE LA IGLESIA

«La antigua sabiduría nos hace reconocer que «nadie conoce al Padre, sino el Hijo y a aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar», es decir, «a los pequeños» (2779)... «Un corazón humilde y confiado que nos hace volver a ser como niños; porque es a los `pequeños' a los que el Padre se revela» (2785).

«Si recitamos en verdad el `Padre nuestro', salimos del individualismo, porque de él nos libera el Amor que recibimos» (2792).

«Parresía: Simplicidad sin desviación, conciencia filial, seguridad alegre, audacia humilde, certeza de ser amado» (2778).

TESTIMONIO CRISTIANO

«Tu hombre, no te atrevías a levantar tu cara hacia el cielo, tu bajabas los ojos hacia la tierra, y de repente has recibido la gracia de Cristo: todos tus pecados te han sido perdonados... Pero no reclames ningún privilegio. No es Padre, de manera especial, más que de Cristo, mientras que a nosotros nos ha creado» (S. Ambrosio) (2783).

SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

La antigua sabiduría del pueblo de Israel recomendaba con frecuencia la práctica de la humildad.

En el Evangelio, Jesús invita a sus discípulos a la actitud de la humildad y a hacer el bien desinteresadamente.

El autor de la carta a los Hebreos muestra que en la asamblea litúrgica cristiana no se dan los prodigios del Sinaí, pero se está en comunicación real con Dios en la presencia real de Jesucristo y de la Iglesia celeste. Esta es la última enseñanza de esta carta que se lee en el tiempo ordinario

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

Acercarse al Padre Dios con toda confianza y humildad: 2777-2785.

La respuesta:

Padre «nuestro»: 2786-2793.

C. Otras sugerencias

La exhortación a la humildad es a una actitud de vida frente a Dios y con los hermanos, que se alimenta y se expresa en la oración, especialmente en el Padrenuestro.

La audacia o «parresía» con la que nos atrevemos a orar como Jesús nos enseña requiere un corazón, lleno del Espíritu de Dios, que es pequeño y humilde

De nuevo, actitudes morales y oración son inseparables

III. Sagrada Congregación para el Clero

MENSAJE DOCTRINAL

Las justas relaciones nacen de la humildad.

Es de perogrullo decir que el hombre es un ser relacional, y que esas relaciones son con sus semejantes, con el mundo que lo circunda y con Dios. Lo que quizá no se ve tan claro sea cuáles son las relaciones más auténticas y propias. La historia de la humanidad ofrece ejemplos numerosos de diversas formas de vivir la propia relacionalidad. Hay quienes se guiaron en su comportamiento por una relación de odio y destrucción. Los demás son enemigos y hay que acabar con ellos; Dios es enemigo, hay que "matarlo", como proclamaba Nietzsche; la naturaleza, la selva hay que destruirla para construir ciudades, espacios humanos. ¡Una relación enteramente equivocada! Existe también la relación de posesión. Poseer las cosas para construir un reino de bienestar; poseer a los demás para servirme de ellos en

pro de mi grandeza y de mi poder; poseer a Dios, para "manejarlo" según mi voluntad. ¡Tampoco ésta parece ser del todo una relación acertada! ¿Será el temor una buena relación? Miedo a un Dios de imponente grandeza y terrible en sus juicios; miedo a los hombres y a las cosas, por complejo de inferioridad o por falta de sentido práctico. ¡No, el temor no es tampoco una relación adecuada! La verdadera relación nace de la humildad y se manifiesta como relación de amor. Porque soy humilde, es decir, porque reconozco mi condición de creatura con su inmensa pequeñez, vivo en actitud de amor mi relación personal con Dios. Ese amor me induce a percibir su grandeza y su generosidad para conmigo, a confiar en Él a pesar de mi pequeñez, a agradecer sus dones, esa ciudad de Sión en la que se cifran todo los bienes que Dios puede conceder al ser humano (segunda lectura). Porque soy humilde, amo a los demás y no me considero superior a ellos ni busco darles algo para recibir de ellos a mi vez su recompensa (evangelio). Porque soy humilde, no me ensoberbezco con el poder de las riquezas que pueda tener ni con la grandeza de la ciencia que poseo (primera lectura). El hombre, en su ser y en sus relaciones, es puro don de Dios, ¿de qué podrá enorgullecerse? La justa relación del hombre con Dios, con sus semejantes y con las cosas es el amor, un amor que se hace servicio, respeto, agradecimiento, solidaridad.

La humildad, virtud agradable a Dios.

A Dios creador no puede no agradarle que el hombre acepte su condición de creatura y establezca las justas relaciones con Él y con toda la creación, pues eso es la humildad. La falta de humildad, por el contrario, rompe la armonía en la interioridad del hombre y en el mismo universo, y esa ruptura no agrada al Creador. Por eso, leemos en el Sirácida que "son los humildes los que glorifican a Dios" y en el evangelio que "el que se humilla será ensalzado". ¿Por qué agrada a Dios la humildad? Precisamente porque el humilde no tiene ninguna pretensión de suplantar a Dios, de "ser como Dios" o, al menos, de tenerse por un superhombre o por un supersabio. Muy bien nos recomienda el Sirácida: "No pretendas lo que te sobrepasa, ni investigues lo que supera tus fuerzas". El humilde agrada a Dios porque no lo considera como un rival, sino como un padre y un amigo. El humilde agrada a Dios, no sólo porque se reconoce creatura, sino además pecador, e indigno de su condición de hijo. Precisamente por eso, el humilde mantiene para con Dios una actitud de hijo, sí, pero que mendiga su benevolencia y su amoroso perdón. Todo esto nos hace comprender mejor lo que la misma Escritura nos asegura: "Dios resiste a los soberbios, pero a los humildes les otorga su favor". La diferencia entre el soberbio y el humilde la podríamos formular así: "El soberbio busca agradarse a sí mismo, incluso a costa de Dios, mientras que el humilde busca agradar a Dios, incluso a costa de sí mismo".

SUGERENCIAS PASTORALES

Humildad, o sea, la verdad.

Lo que Jesucristo en el evangelio pretende darnos no es una clase de cortesía y buena educación. Jesús va más a fondo, a lo esencial, al sustrato íntimo de la persona. Y allí, ¿qué encuentra? Encuentra un letrado que dice: "todo es don, todo es gracia". El hombre que no sea capaz de admitirlo, está en la mentira, se autoengaña y procurará de muchos modos engañar también a los demás. Por ejemplo, complaciéndose con sus éxitos, hablando de sus triunfos, exaltando sus

muchas cualidades, creyéndose y haciéndose el importante... Aquel que sea capaz de admitirlo, está en la verdad, y será profundamente humilde. Porque la humildad es la verdad con la que nos vemos a nosotros mismos delante de Dios. Por sí mismo delante de Dios el hombre es polvo, viento, nada. Por la gracia de Dios es su imagen y es su hijo. Ojalá pudiéramos decir como san Pablo: "Por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia de Dios no ha sido vana en mí". ¡Qué manera tan distinta de vivir cuando se vive en la verdad! El hombre humilde hace siempre la verdad en el amor: la verdad sobre sí mismo, la verdad sobre los demás y la verdad sobre Dios. Te aconsejo que te mires en el espejo de la humildad para ver si te reconoces o si es tal el impacto contrastante con la realidad que el espejo no la soporta y se quiebra en mil pedazos. No puedo no afirmar que una Iglesia de humildes será una Iglesia más auténtica, más fiel al designio original de su Fundador. Cada uno, con nuestra humildad, podemos contribuir en algo.

¡Atención a la falsa humildad!

Hemos dicho que la humildad es la verdad, como enseña santa Teresa de Jesús. Existen, sin embargo, formas aparentes de humildad. Al faltarles la verdad, esas formas no pueden ser humildad auténtica. Recordemos algunas formas de falsa humildad. Un claro caso es el complejo de inferioridad: "Yo no valgo para ese encargo", "Yo no puedo hacer ese trabajo", "Yo no tengo esa cualidad". A veces detrás de esas frases se oculta una ingente pereza. Las más de las veces se esconde una redomada soberbia que quiere evitar a toda costa el hacer un mal papel o el quedar mal ante los demás. Humilde es aquel que reconoce sus cualidades, su valía, sus buenos resultados, pero lo atribuye todo a Dios como a su fuente. Otro ejemplo de falsa humildad es no aceptar la alabanza de los demás, rechazar cualquier reconocimiento público, aparentar indiferencia ante la opinión de los demás. En el fondo muchas veces es sólo una pose para relamer de nuevo la alabanza escuchada, o para que vuelvan a insistirte en los buenos resultados obtenidos, o para adular tus oídos con la buena opinión de que gozas ante los demás. Humilde, al contrario, es quien acepta la alabanza, pero la eleva hasta Dios; acepta el reconocimiento público por una buena obra o la buena opinión de los demás sobre él, pero descubre en ello un gesto de caridad fraterna y una acción misteriosa de Dios. Un último caso es el de quien cree que todo le sale mal, que ha nacido con mala estrella, y que no hay nada que hacer. En un tal individuo la soberbia es tan grande que le ciega para ver cualquier cosa buena que haga; sólo tiene ojos para las cosas malas, o para los límites e imperfecciones de las cosas buenas. El humilde, más bien, sabe ver la bondad en las cosas, incluso en aquellas que le salen mal. Y dice con san Pablo: "Para los que aman a Dios todas las cosas contribuyen a su bien".

IV. Radio Vaticano

Los grandes y los pequeños

Continuamos con los evangelios que relatan el camino de Jesús hacia Jerusalén, es decir hacia su muerte y resurrección. Relatos que son luz acerca de nuestro propio camino por esta vida de la tierra. Es mensaje central del cristianismo, pedagogía de Jesús para enseñarnos a ser cristianos: el camino del amor es costoso, pero el único verdadero, no sólo para salvarse, como decíamos el domingo pasado, sino para ser hombres de verdad. La verdad es teoría, la verdad no es racionalista, la

verdad no es terreno reservado a los estudiosos o científicos, ni siquiera a los teólogos, a los que saben dar muchas explicaciones sobre Dios. La verdad del ser humano es que si ama se salva, aunque haya que esforzarse, como la madre que cría a sus hijos para que crezcan y se hagan maduros. Un amor que no me saca de mí mismo y me lleva a los demás, al mundo, a los pájaros, a las estrellas y a los bosques, no es amor, es destrucción y muerte de mí mismo, de los demás y de los bosques de la creación.

Y en este camino por el amor y hacia el amor hay muchas cruces, porque todo pasa por vaciarse de uno mismo, por hacerse pequeño y humilde ante los demás y antes la creación que Dios nos ha dado. El grande y poderoso cree saciarse arrasando bosques y explotando a los demás, cree llenarse con lo que come y engorda, pero está vacío, éste sí que se va vaciando mientras vive.

Las lecturas de este domingo van todas en la misma línea del evangelio; en el libro del Eclesiástico encontramos consejos de sentido común: la conveniencia de proceder siempre con humildad, de hacerse pequeño en las grandezas humanas, de no darse demasiada importancia, como enseñará Jesús, y lo mismo la carta a los Hebreos, que trata de alejarnos de aquel Dios del Antiguo Testamento, que se manifestaba con señales de fuego, nubarrones, tormenta y estruendo, para acercarnos al mediador de la Nueva Alianza, como puente entre la comunidad y Dios. Jesús, camino hacia Jerusalén, es el verdadero camino hacia el Padre y el único sendero por el que hemos caminar los cristianos.

El se ha definido en el evangelio de Juan como camino, verdad y vida, o como camino que lleva a la verdad que es y conduce a la vida. Y la vida florece en plenitud de gozo y alegría cuando tu plan y tu proyecto están para servir a los demás, sin protagonismo, sin deseos de destacar, de medrar, ni de engordar. El amor no engorda, el amor no infla, el amor llena de verdad el corazón.

Para saber cual es el verdadero camino hacia ese florecimiento de la plenitud gozosa del servicio no tenemos más que escuchar con el corazón el evangelio de este domingo. Jesús cuenta cosas que le pasan en la vida. En esta ocasión le ha invitado a comer uno de los principales fariseos y al colocarse en las mesas, los convidados escogían los primeros puestos. Jesús se fija en la forma de comportarse la gente y piensa, así no habrá más que conflictos y desgracias. Y como a Jesús no le importa decir la verdad ni se sonroja ante nadie, da su opinión. “Cuando te conviden a una boda, no te sientes en el puesto principal, no sea que hayan convidado a otro más distinguido que tú; vendrá el que os convidó y te diga: Cede el puesto a éste; y entonces avergonzado irás a ocupar el último lugar”.

Además de sentido común, Jesús sabiduría divina para explicar cuál es el puesto del cristiano en este mundo. El único lugar para ser cristiano es el último puesto, para que no haya últimos, para que no haya quienes estén arriba y abajo. Esta es la utopía que el mundo no entiende y que, en principio,

es tan fácil para arreglar el mundo, un mundo de hermanos, igualados por el servicio mutuo.

Sentarse en el último lugar no es humillarse, es llenarse de alegría con la alegría del otro. La humillación viene cuando le dices al otro que tú eres más importante que él y te toca retroceder puestos en el banquete de este mundo y, por supuesto, en el banquete del cielo. De ahí la verdad del refrán cotidiano: el que se enaltece será humillado, y el que se humilla, será enaltecido, refrán cotidiano que nos llega de la sabiduría de Dios. Y no sólo eso, sino que el refrán también se dirige al que organiza las fiestas: cuando organices una comida no llames a tus amigos, o a tus vecinos ricos, porque ellos a su vez tendrán que devolverte la invitación para ser recompensado. Invita mejor a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos, que tu recompensa será la vida de los justos.

Jesús, en su camino hacia Jerusalén, va al encuentro de quien no tiene, entre los dirigentes de la religiosidad judía, esas ideas para ir a Dios, para ser justo; por eso repite una y otra vez que no ha venido para ser servido, sino para servir y dar la vida por muchos.